

CHUS GUTIÉRREZ

La mirada

Hay miradas que matan, otras que aman, hay miradas que nos muestran mundos personales, desconocidos o por conocidos fáciles de reconocer. Hay miradas de una parte de la población que son las mujeres y a las que pertenezco, no por elección premeditada sino por puro azar. Y desde mi mirada de mujer cuento el mundo, o mejor dicho pequeños y particulares mundos que me provocan una necesidad de verlos convertidos en películas.

No puedo decir que mi vocación de contadora surgiera en mi más tierna infancia, ni que siempre quise ser directora de cine. Mi vocación de cineasta surgió poco a poco, o quizá por que a medida que iba descartando opciones me fui quedando con pocas cartas en la mano y surgió como de la nada, una cámara de super ocho en mis manos que se me quedó pegada y ya no supe que otra cosa hacer con mi vida que no fuera rodar y rodar... Y nunca mejor dicho por que esto de hacer cine tiene mucho que ver con la famosa canción. El mundo del cine es duro y despiadado y trata con dureza a sus amantes que no por eso dejan de ser menos perseverantes.

La mirada de las personas se va configurando en el tiempo, con las cosas que observamos y los sentimientos que provocan esas imágenes que se van incrustando en el alma y configurando el mundo personal de cada uno. Como mujer muchas veces me veo obligada a

justificar mi mirada, que como ya he dicho antes, es solo fruto del azar y no de la premeditación. Pero mi mirada no solo se justifica por mi género, mi mirada y la de cada ser que habita sobre el planeta se compone de todas las vivencias y sentimientos que provoca cada cosa que se mira, cada cosa que se vive. Por eso las miradas son únicas como único es cada ser, independientemente de su género.

Mi mirada es la de una niña que nació en Granada en los años sesenta en la España pacata y provinciana de esa época en una familia muy numerosa con una madre que, como decían las artistas de cine de la época, quería tener muchos hijos. Mi padre era un trabajador de banco que ganaba menos de lo justo para llegar a final de mes pero que gracias a la ayuda de mis abuelos seguíamos manteniendo una especie de economía sostenible de buen ver. Parecía que todo iba bien hasta que a los ocho años mis padres decidieron hacer las maletas y traernos a todos a Madrid, donde aterrizamos una noche de septiembre en un coche lleno de niños y niñas dormidas en lo que a mi me pareció una autopista y que a partir de ese momento, sería la calle en la que viviríamos muchos años. Recuerdo que nos abrió el portal el sereno o figura siniestra y zarrapastrosa llena de llaves colgantes que permanecía en vela mientras la ciudad dormía.

Mi mirada dejó la infancia y la economía sostenible de buen ver y se fue al carajo. La vida en Madrid se puso dura y yo me encontré haciendo de madre de mis hermanos porque la madre se puso a trabajar para sacar adelante a esta familia tan numerosa. Mi mirada se llenó de paquetes de comida que mandaba la abuela de Granada llenos de deliciosos bizcochos y roscos, de los pelillos incipientes que me empezaron a salir en el pubis y que yo ocultaba asustada a todas mis hermanas pequeñas, de los vecinos alemanes que vivían en el piso de enfrente y eran todos chicos, rubios y exóticos para la época. Del cuarto donde dormíamos que por la noche se convertía en un gran colchón de cuatro camas por las que brincaban incansables cuatro niñas que se negaban a crecer y a dejar de saltar cuando

mi padre entraba en la habitación y nos amenazaba con quitarse la correa mientras nosotras ahogábamos nuestras risas apretándonos las almohadas contra la cara.

Mi mirada está llena de esos dibujos que descubrí con mi hermano en una edición de *Las Mil y una Noches* y que nos inundaron de una extraña excitación desconocida y misteriosa. De los libros que cojía a boleto de la pequeña biblioteca de mi casa como *La posada de Jamaica* o *El Árbol de la Ciencia* y que me transportaban a otros lugares y eran capaces de trasladarme a una isla dentro de una casa llena de gente. De la primera vez que fui al teatro a ver a Lindsay Kemp y todo me pareció posible, de mi primer gran enamoramiento, de mis viajes a otros países en los que realmente descubrí que en el mundo había mucha gente diferente, de los amigos que me decepcionaron y de los que perdí por no saber cuidarles, de la primera vez que vi a mi hija y la estreché contra mi pecho, de su mirada fija mientras mamaba... mi mirada esta llena de mis imágenes y claro, soy una mujer, no puedo evitarlo y por ello tengo que justificarme.

Nos aseguran que vivimos en una sociedad igualitaria, me refiero al primer mundo y específicamente al tema de igualdad de oportunidades. Y yo no puedo partirme más francamente el culo de risa ante tal afirmación. Esta sociedad tiene de igualitaria lo que yo de monja de clausura y lo peor de todo es que nos han hecho creer que es así y se ha cerrado el espacio para la lucha, o sea que todo está bien, de hecho muy bien y no hay por que construir un mundo mejor. La imagen de las feministas se identifica con mujeres feas y violentas que lo único que quieren es comerse al macho y el término feminismo suena a antiguo y desfasado, con lo cual, en el momento actual, la lucha por una verdadera igualdad y una concienciación social activa ha quedado a merced de los políticos y no existe una lucha de las mujeres por su condición de igualdad como afectadas directas en la renovación de la sociedad.

La sociedad no está preparada para asumir, de verdad, la incorpora-

ción de la mujer a todos los ámbitos sociales. Hay un largo recorrido para conseguir, de forma efectiva, la transformación integral de la estructura social, laboral e intelectual que permita, de verdad, el desarrollo de una mujer profesionalmente.

En mi profesión, por su particularidad, existe un tipo de discriminación que supongo será diferente en muchos aspectos a otras. Se respira de una forma clara y por otro lado de una sutileza difícil de formular, llamémosle una elegante discriminación. Yo lo llamaría una discriminación «mediático-social».

Cuando yo dirigí mi primera película, *Sublet*, en 1991, yo era una joven que nunca se había planteado que era una mujer. No me lo había planteado porque nadie me había puesto en esa coyuntura. Yo venía de una familia donde mi madre había trabajado toda la vida y mis padres siempre nos habían apoyado y exigido de igual forma a los niños y a las niñas, si bien mi madre se había encargado de meternos en el cerebro con especial insistencia la idea de que una mujer debía de luchar por su independencia económica y su formación antes que por cualquier otra cosa. Lo demás, vendría solo.

Y heme a mí, a los veintisiete años, con mi primera película terminada, tras las dificultades propias de cualquier principiante, empezando a promocionar y hacer entrevistas: mi presentación en sociedad en el mundo del cine. Y para mi sorpresa, lo más importante no era el trabajo en sí, o sea la película, lo más destacable era que soy una mujer, las preguntas insistían sobre ese factor obvio y por otra parte intrascendente desde mi punto de vista. Mi sorpresa no tuvo límites. Por primera vez en mi vida era consciente de que soy una mujer para la sociedad en la que vivía y que la verdadera sorpresa era que había dirigido una película.

En esos años aparecieron otras directoras de cine y me convertí para la sociedad en una anécdota, mejor dicho, nos convertimos, porque durante una temporada no paramos de aparecer en artículos

con foto, todas de la mano y en los que se ensalzaban nuestros valores como féminas-directoras y no como directoras de cine con un trabajo sólido, defendible y respetable a sus espaldas.

En los años noventa aparecieron una treintena de primeras directoras de cine. Lo más importante en esta profesión es la continuidad, poder hacer una película cada dos o tres años, seguir la trayectoria de tu evolución vital y profesional y no convertirte en una anécdota. Han pasado diez años y de esas treinta que empezamos en la década de los noventa y las que se han ido sumando en los últimos años, se puede decir que solo entre siete y diez han conseguido tener una cierta continuidad y dentro de esa continuidad y en comparación con nuestros colegas masculinos, ¡inevitable!, hay importantes diferencias prácticas como los presupuestos. *«Ninguna directora debutante ha gozado en sus primeras películas de un presupuesto alto... Pero lo importante no es tanto el coste medio de esas producciones como el hecho de que, entre las directoras, no se ha producido el "crescendo" presupuestario de muchos de sus compañeros... entre sus primeras y sus segundas o terceras películas»*¹

Seguimos rodando películas de presupuestos bajos, con pocas semanas de rodaje y con innumerables limitaciones como consecuencia de estos recortes. Si hay algo que necesita el cine es tiempo, tiempo de preparación, tiempo de ensayos, tiempo de rodaje y medios, los necesarios para conseguir rodar la película que está escrita en el guión. Todo este tiempo y estos medios se traducen en presupuesto del que muchas películas dirigidas por mujeres carecen. Y esa falta de presupuestos se traduce muchas veces en: A menor inversión, menor riesgo y menor apoyo promocional y mediático.

Curiosamente y unido al no "crescendo" de los presupuestos, nuestros compañeros de profesión han sido rápidamente identificados por los medios-industria-público, como figuras relevantes y perfectamente distinguibles e individualizables en estilos y formas. Las direc-

toras formamos parte de un conjunto uniforme y no muy claro donde resulta más complicado individualizarnos (hay veces que te confunden de nombre). Formamos parte de una homogeneidad que podría definirse como «Mujeres Directoras», con lo cual no somos, Chus Gutiérrez o Isabel Coixet o Icíar Bollain o María Ripoll o Ana Díez o...

Somos esa cosa extraña llamada «Mujeres Directoras».

Y ahí me confundo y me sorprende a mi misma teniendo que gastar una cantidad enorme de tiempo en analizar esta extraña y curiosa reacción de los medios-industria-público y descubro asombrada que lo que se cuestiona es nuestra mirada. La Mirada. Y esa mirada produce desconfianza. Una mujer y su mirada siguen despertando en nuestra sociedad una duda de sospecha: ¿Será una feminista radical? ¿Será un machirulo disfrazado de mujer? ¿Será una homosexual reprimida? ¿Follará o no follará? ¿Será una romántica que nos hable de sensiblerías femeninas?... ¿Qué COÑO será?... (palabra inevitable)

La mirada del hombre no se cuestiona, existe.

En el panorama cinematográfico nacional han aparecido en los últimos diez años un Hitchcock, un Orson Wells, un *Rebelde sin Causa*, *Un Genio Indiscutible*, *Un Afrancesado Moderno*... Todos figuras respetables e identificables. Curiosamente entre las mujeres no se han atrevido a tanto. A veces lo hacemos bien, a veces lo hacemos peor pero seguimos dentro de esa nebulosa de inclasificables.

Otro tema muy divertido de analizar es el conflicto eterno entre una directora de cine y sus personajes. Siempre que una directora o guionista entrega un guión, lo primero que todo el mundo se va a cuestionar es: ¿Cómo son los personajes femeninos a través de la mirada de una mujer? ¡Y Dios mío! ¿Cómo van a ser los masculinos? Y los consecuentes comentarios a este análisis serán del tipo: ¿No

crees que hay demasiado protagonismo de los personajes femeninos en tu guión? ¿No crees que habría que reforzar los papeles de los hombres? ...

¡Definitivamente estamos hablando de una película con una mirada muy femenina!

Nunca, jamás en mi vida, he visto una línea escrita sobre si la mirada de una película dirigida por un hombre tenía una mirada masculina. En algunos casos profundamente masculina. No se cuestiona si es mejor o peor, es que, simplemente, la mirada masculina no se cuestiona, existe.

¿Por qué se cuestiona mi mirada ??????????????????????????????????????

Otra particularidad muy curiosa de analizar es la representación de los personajes femeninos dentro del cine. Estos van de lo anecdótico, o sea un personaje que aparentemente es muy importante pero del que no te cuentan nada en absoluto, a lo simbólico, o sea no existe. Otro tipo de personajes femeninos muy representados en el cine son de corte más clásico y pueden ir, desde la puta buena y la puta mala, a la novia medio boba y *atontá*, pasando por madres amantísimas y esposas abnegadas. También esta la representación de la mujer moderna, agresiva, con infinidad de problemas emocionales a nivel de pareja y a la que todo se le arregla como por arte de magia cuando un galán, a veces muy sospechoso, aparece en su vida.

Pero esto a nadie le llama la atención. ¡Ah, se siente! Ahora, en el momento en el que una mujer escribe un personaje femenino o masculino, aparecen un montón de preguntas sin respuesta y todo cae bajo una extraña sospecha en la que tu misma te preguntas a ti misma:

¿Seré una mujer con demasiada mirada de mujer ??????????????????

Hay un montón de cosas sutiles, delicadas y soterradas que todo el tiempo me recuerdan que soy una mujer dentro de mi profesión. Y desde mis primeros días estoy asombrada ante el descubrimiento, por otro lado evidente, de que soy una mujer!!!!!!!!!! No puede ser verdad!!!!!!!!!!!

¡Agotada estoy!!

Y ahora, después de escribir este texto, intentaré liberarme de todas mis dudas sobre mi condición de género e intentaré hacer lo único que de verdad quiero hacer, seguir contando a través de mi mirada, que por azar y no por premeditación, es de mujer.

nota:

1. José Enrique Monterde

Filmografía

Trabaja como ayudante de dirección con Joaquín Jordá en su película *El Encargo del Cazador* y trabaja como ayudante de montaje en diferentes largometrajes y documentales.

Directora

Cortometrajes:

Porro on the Roof (1984)

Snikers of Fire (1985)

Tropicana (1986)

Merry go Round (1986)

La cinta dorada (1987)

Video clip Xoxonees (1988)

Pezdro (1989)

Largometrajes:

Sublet (1991)

Sexo Oral (1993)

Alma Gitana (1995)

Insomnio (1997)

Poniente (2002)

Televisión:

Ellas son así (1998-99) (Tele 5).